

Soñaba con entrar de nuevo en la vida, le invadía un miedo desconocido, "sentía en mí cerrarse el horizonte"; con sollozos de amor clamaba por una segunda vida. "La lejanía de la tierra" le desgarraba; "la voz del hijo llovía en mi lágrima". "Todo le llamaba a la vida en un grito".

Más tarde le sale al encuentro "La voz de los siete mares" y ella clama por su vida; la mujer también le llamaba y, al escuchar "el canto de los mares", tuvo "la certidumbre de una próxima alborada".

"La montaña que es amparo y luz inmóvil le llama desde su cumbre combatida como un pecho". "Era de noche y la Cruz del Sur se prendió en el hombro de tu muerte", susurró la montaña; "¿Pero un poeta puede morir? Vendrás a mí otra vez coronado por el arcoiris estremecido de espumas, aborto como las pupilas del primer hombre en el alba del Paraíso".

Luego aparece "el día" que ofrece al viajero "los perfumes de los árboles para que restañes tu herida abierta en la muerte". Viene la noche en pos y le dice: "En ella vivirás tú como la miel en la abeja delirante penetrado de altura en el ciprés de mi cuerpo inmóvil".

Inquieto miró hacia la tierra, desde donde escuchó la voz del Hijo desconocido: "He arrojado al agua del arroyo mis pupilas para que te buscasen en tu fuga y no cierro los ojos a mi noche antes de explorar la región del cielo por la cual creo que has huído". Al sentir la voz del hijo, el viajero quiso "llorar, reír". "Pongo mi oído en la tierra y siento como golpea al andar el pie dorado de la esperanza!...".

Por fin rompióse la malla sutil del misterio: "dos fuerzas me llamaban como dos vorágines, la mujer que no pudo olvidar y el hijo ¡mi hijo! cuyo rostro me era más desconocido que la Muerte".

"Trémulo y sollozante penetré por segunda vez en el mundo. Iba desnudo, dorado como un caracol de las estrellas: era de ámbar y de marfil... Las sienes me temblaban como el nacimiento de un pájaro en las manos".

Bello y emotivo soliloquio éste de Angel Cruchaga Santa María, hecho con fibras de ternura y religiosidad, en el cual si es cierto que hay tristeza y duda, predomina el optimismo y un aliento de vida: "¡Cantemos al hijo de piedra y espuma! ¡Ah, cantemos a la resurrección agitando las palmas a la pasmosa Epifanía! ¡Cantemos! ¡Cantemos!". Hermoso cántico, verdadero hosanna de triunfo.

<https://doi.org/10.29393/At401-92PNFA10095>

*Premios Nacionales de Literatura. Juan Guzmán Cruchaga,*  
de RADOSLAV IVELIĆ. Editorial del Pacífico, 1963

El profesor de Literatura del Instituto Pedagógico de la Universidad Católica, Radoslav Ivelić, hace honor a su atavismo europeo en el medular y liviano ensayo sobre Juan Guzmán Cruchaga, editado en la serie de cuadernos *Premios Nacionales de Literatura*. Hace honor a su atavismo europeo porque no siempre los escritores de origen hispanoamericano logran realizar obras tan vigorosas como ésta del catedrático Ivelić, en la cual se aunan maravillosamente el estudio serio y comparado de la poesía de Juan Guzmán Cruchaga con la sencillez, buen gusto y agilidad de estilo.

Este libro de 130 páginas, muestra tan a lo vivo la personalidad del poeta de la quietud y del silencio, que el más lego de las cosas literarias, no sólo experimentará con su lectura un agrado especial sino también la sensación de estar plena e íntimamente identificado con la obra poética de Guzmán Cruchaga.

El autor, después de dar muy buenos datos cronológicos de la vida y obra del poeta, transcribe la carta en la cual Juan Guzmán Cruchaga refiere cuáles fueron los móviles que le indujeron a escribir: el anhelo de expresar sus sentimientos vivía en la sangre desde niño; más tarde, cuando fue hombre, "la principal razón" de sus poemas era "el deseo de sentir una compañía"; siempre tuvo terror a la soledad y buscó en el verso "el calor y apoyo de otra mano amiga". "Cada libro mío —dice— me parece un grito de soledad en la noche".

En seguida, Ivelic entra de lleno a analizar la poesía "confidencial" y apacible de Guzmán Cruchaga. Poeta íntimo, grato y delicado, le desagrada el tono declamatorio y estallido lírico. "Prefiero el tono menor y confidencial", declara él mismo. El crítico lo compara con Bécquer porque el chileno busca, como aquél, "el tono íntimo, la voz con sordina". No le falta razón a Ivelic, pero nuestro poeta es más original y sin esa sensibilidad un tanto cursi en que cae algunas veces Bécquer.

"Silencio, quietud, claridad son el afán máximo de nuestro autor", escribe el catedrático. Poeta sencillo, íntimo, solitario y generoso, de gran corazón y mucha calidad humana, cuyos versos mejores tienen el encanto y limpidez del agua clara azulada de nuestros arroyos: "El agua, el agua la envuelve — como si fuera una sábana — transparente y suave — Entera — te besa el beso del agua — Donde duermes no se quiebra — la superficie azulada — porque va sobre tu cuerpo — sobre tu cuerpo y tu alma".

Guzmán Cruchaga es poeta de grandes dimensiones, corre por sus estrofas una tenue y suave brisa del nuevo modernismo, tan nuevo que casi no admite comparación con el de Bécquer; encontramos también en sus poemas un misterioso, velado y sugerente encanto, dentro de esa forma grave, pulcra y simple que embelesa. Es admirable e inusitado en nuestro tiempo —como subraya el autor del ensayo que comentamos— la espiritualización de la mujer en la poesía de Guzmán Cruchaga. En el "Romance del Sueño Inútil", la mujer a "través de la distancia, regresa convertida en espíritu, en compañía permanente" (pág. 27).

Lo más encomiable en el poeta, objeto del acucioso estudio de Ivelic, es que después de la lectura íntegra de su obra, no encontramos ni una sola frase, figura o símbolo erótico, antes al contrario, el verso es puro y sereno como el alma del poeta: "tienen la luz y el color y la forma de (su) alma". El crítico destaca también esta rara cualidad de Juan Guzmán Cruchaga, "en quien persiste el anhelo de mostrar idealizada a la mujer sin caer nunca en lo grosero".

El poeta modernista y postmodernista está admirablemente bien definido por Ivelic, su forma y estilo es de avanzada, pero no falla jamás esa diáfana y discreta dulzura y no llega nunca a los extremos bruscos y altisonantes;

recurre también en sus poemas "a los jardines con fuentes cristalinas, príncipes y princesas, palacios, colores, idealización, rosas... muchas rosas". Juega con las palabras, las figuras y los símbolos, sin embargo, no atropella el lenguaje, del cual es uno de sus guardianes, y el verso es luminoso, desembarazado e inteligible. "La carne que tentaba a Rubén Darío", padre del modernismo, "con sus frescos racimos", tampoco —como ya se dijo— asoma en los gráciles poemas de Guzmán Cruchaga. "Las imágenes de sus poemas corresponden a una nueva visión postmodernista; el poeta "crea" verdaderamente, sin recurrir a emblemas gastados por el uso, tratando que las palabras se conviertan en espíritu, yendo más allá de su sentido habitual" (págs. 77 y 78).

El ritmo es otro de los bellos atributos del poeta Guzmán Cruchaga; jamás decae, ni sufre mengua en el verso; como dice Ivelić, "desde el punto de vista del ritmo, la forma del poema debe estar totalmente al servicio del contenido". Recuerda, por ejemplo, las estrofas finales del poema "Los Caminos humildes", de forma perfecta, "no hay un solo error en los acentos ni en la medida de las sílabas. Es el fondo y el contenido, el que configura la forma; el espíritu modela a la materia, la cual para ser expresiva, parece que se complaciera en romper toda forma tradicional. Este es el problema de fondo del arte moderno; arte en el cual el artista, para extraer mayores efectos y sugerencias, se desvía de las reglas establecidas. Todavía más, muchos subrayan ahora el hecho de que el verdadero "placer estético consiste, más que someterse a estas leyes en transgredirlas". "Este juicio ilógico a primera vista, lo comprobaremos como válido a través de otros poemas de Juan Guzmán", afirma el crítico.

Nuestro poeta conoce los más recónditos secretos de la sintaxis, pero se entretiene en violar sus leyes "para crear —como dice el profesor Ivelić— una sintaxis poética que es justamente, lo que aumenta el placer estético y lo que da encanto y sentido al poema". Vaya un ejemplo: "Yo tenía un anillo — de cristal — Porque era frágil lo quería — y no lo tengo ya".

"Maravilla del ritmo. Qué diferencia hubiera sido decir, como lo hacemos en la prosa, siguiendo los esquemas de la sintaxis habitual: "yo tengo un anillo de cristal; lo quería porque era frágil pero ya no lo tengo".

Guzmán Cruchaga tiene una gracia especial en el difícil arte de encabalar los versos a fin de lograr una estrofa ágil, leve, cadenciosa y transparente. Otro tanto acontece cuando combina armoniosamente, con suprema elegancia y originalidad, algunos símbolos de su predilección; los colores más diversos, la luz, el calor y la lámpara; el frío y la oscuridad; el agua y la nieve; mas donde llega a la cumbre de la perfección estilística es en aquellos poemas ornados de rosas: "Abrazadora pasión, — desconsolada y tardía... — más que a la rosa en botón — amé a la que se moría — por eso mi corazón la recuerda todavía — corazón — ¡Qué bellos ojos tenía!".

El mérito más grande de Guzmán Cruchaga es su originalidad y rica imaginación, nunca cesa de crear, pero también es incansable en su afán de pulir y perfeccionar el verso, de tal manera que no me parece muy exacta la afirmación del crítico en el sentido de que García Lorca hubiese "aportado algo de lo suyo" en la obra de nuestro poeta; tal vez si el señor Ivelić hubiera

leído un breve artículo aparecido en la prensa santiaguina el 1º de septiembre del año pasado, ausente en la bibliografía del ensayo que comentamos, se habría encontrado con la sorpresa de que Guzmán Cruchaga es anterior al granadino y entonces el aporte sería de aquél en la poesía de García Lorca. Tenemos un ejemplo bien claro: en "Yerma", poema trágico estrenado en 1934, el romancista español dice: "Cuando tu carne huelga a jazmín — ¡Que agiten las ramas al sol — y salten las fuentes alrededor!". Nuestro autor escribía en "La Fiesta del Corazón", publicada doce años antes, en 1922, en Madrid, inserto en el poema "La Sed Eterna": "¿Cuándo serás mía? — Sin tí ya no puedo vivir... — Y me diste la gracia bendita — De tu carne que olfa a jazmín". En el mejor de los casos esto puede ser una mera coincidencia, muy honrosa para Guzmán Cruchaga, pero de ninguna manera debemos hablar de "un aporte" de García Lorca en el verso del poeta, tan justamente laureado con el Premio Nacional de Literatura en 1962. Esta observación tiene poca o ninguna importancia si consideramos que el profesor Ivelić ha hecho un trabajo muy bien logrado en el cual valora con exactitud y buen criterio literario la obra poética de Juan Guzmán Cruchaga.

*El hijo del árbol*, de AUGUSTO IGLESIAS.  
Santiago, Zig-Zag, 1963

En Chile hay pocos escritores humanistas que cultivan diversos géneros literarios; en general nuestros hombres de letras son unilaterales, sólo tienen vocación para un arte determinado y en él se especializan y, cuando poseen otras aficiones, se desentienden de ellas. Augusto Iglesias es uno de esos varones letrados, cuya obra no está circunscrita a una sola actividad literaria: es dueño de una cultura muy vasta, sabe hasta latín, lo que no es poco decir en nuestro tiempo; tiene un temperamento sumamente sensible y una imaginación y fantasía portentosas, y si a todas estas cualidades se agregan su dinamismo, fogosidad y vehemencia, no le faltan aptitudes y condiciones para cultivar con éxito las más diversas disciplinas literarias. Iglesias tiene genio para la literatura. "Para lo que nos gusta tenemos genio", decía Schlegel y agrega Ortega y Gasset: "el genio, es decir, el don superlativo de un ser para hacer algo, tiene siempre a la par, una fisonomía de supremo placer". Poeta y novelista; historiador y ensayista, crítico y filólogo, en todas sus obras Augusto Iglesias imprime el sello de su inconfundible personalidad: *Gabriela Mistral y el Modernismo en Chile*, ensayo de carácter crítico, y la biografía iniciada del genial estadista don Arturo Alessandri Palma son, a nuestro modesto juicio, sus mejores libros, aunque él muestra especial predilección por *Bolívar, el Hombre del Destino* y por *El Goethe de mi Otoño*. En su libro sobre la poetisa chilena reverbera el talento crítico y en la vida de Alessandri encontramos, a la par que un amor grande al pasado de nuestro país, la nobleza de su inalterable lealtad al amigo ejemplar.

En estos últimos días el laborioso polígrafo ha publicado un libro de novelas cortas en las cuales pone en evidencia su pronta imaginación y las eximias condiciones de observador atento de la realidad vivida.